

El toro y el torero

La cogida del torero Dominguí, en la plaza de toros de Caracas, ha producido en la buena afición limeña que se ha entregado a él en la temporada, más que dolor, sorpresa. “La buena afición” es terrible hasta la maldad, en todas partes como en Lima; es insobornable incluso ante las sollicitaciones piadosas de los sentimientos siempre cómplices. Dominguí admite el mito del torero por muchos conceptos, especialmente por ser un tipo más de esa clase de toreros que parecen —así era también Joselito— representantes de una compañía de seguros contra los riesgos tauromáquicos. Como esto no es verdad, el público se llama a engaño cuando el torero seguro sufre una cogida y de este modo natural el mismo público se desembaraza además de su mala conciencia, la cual, de lo contrario, no tendría más remedio para aplacarse, para eliminar su maldad que señalar íntimamente al buen aficionado, al insobornable la parte mayor de responsabilidad que le corresponde en los destrozos cometidos por los cuernos de un toro en la carne de un hombre. El cuerno del toro lo manejan los aficionados con sus manos que aplauden o se agitan y lo dirigen con sus voces gritadas o escritas. Resulta curioso ya que no pueda resultar de ello cosa más eficaz, detenerse aunque sea sólo unos instantes a examinar de cerca la complicación engañosa y mítica que se produce entre el torero, el toro y el espectador.

Desde luego, no me refiero aquí a la mitología fabulosa y clásica del toro, sin embargo no sería impertinente reconocer el poder sobrenatural que acompaña a esta magnífica bestia en todos los tiempos y en todos los lugares. El lector caraqueño puede satisfacer su curiosidad sobre este punto leyendo o releendo el ágil y tenso ensayo interpretativo que, del poema de Juan Liscano “Canto al toro fugitivo”, ha publicado el año que acaba de fenecer, José

Ratto Ciarlo, bajo el título *El mito del toro*, historia abreviada de tan extenso como profundo mito, no se ha integrado todavía a tal historia ni Ratto tenía en consecuencia por qué ocuparse de ello fuera de su aparición en el poema de Liscano, el avatar mítico del toro en América, donde las culturas indígenas que afloraron en la establecida por los españoles se apropiaron totémicamente el toro y hoy sólo se celebran corridas, mas con tanto entusiasmo, conocimientos y aptitud personal como en España, en los países de América que no han perdido o en los que no han sido aniquilados, sus indios. Sobre el toro en América publiqué yo mismo dos o tres artículos en estas columnas de *El Nacional*, hace dos o tres años. Pero el mito taurino al que ahora quiero referirme no es histórico ni fabuloso, es de palpitante actualidad.

La fiesta de los toros que estaba llamada a desaparecer como formando parte del folclorismo español de pandereta menos admitido por las costumbres modernas, no sólo supervive sino que progresa y conquista públicos extranjeros, toma carta de naturaleza internacional. El bandolerismo andaluz ha desaparecido. En la época de los *gansters* de ametralladora nadie podría tomarlo en serio. Se ha relegado a un país más mediterráneo que Andalucía a Sicilia, la supervivencia del bandolerismo pintoresco, en cambio ahora los toros empiezan a ser considerados con la gravedad olímpica que hoy se pone en todo lo que es deporte. Han sido celebradas corridas hasta en el norte de Francia y en Bélgica. Se han modificado o interpretado especialmente leyes para que esas corridas fueran celebradas sin cometer delito. Las sociedades protectoras de animales que han protestado han sido desoídas u oídas tardíamente por pura forma; en los países donde no llegan las fiestas de toros se conoce sin embargo a los toreros, se siguen sus accidentes y peripecias, son los atletas más reverenciados. Y mejor pagados. Los toreros pueden sentirse ahora más que nunca dioses de la juventud y de la riqueza. Fuera de España y de los países taurinos de América no es la divinidad del toro la que refulge: el culto de Mitra es el culto del torero.

Todo esto no es tan extraordinario como pudiera parecer: Los buenos progresistas del siglo XIX creían sobre todo en España desde el gran Jovellanos, desde que empezaron a correrse toros (en vez de como ejercicio caballeresco de la jineta) como culto y rego-

cijo del pueblo, que el progreso de las costumbres detendría la persecución de las fiestas de toros, lo mismo que la repetición de las guerras, la crueldad de las supersticiones, o de la ciencia, las torturas en las cárceles, la pena de muerte. Pero si las costumbres no han progresado en la justicia, en la política, en las creencias, nada más natural que el auge de las fiestas y los juegos crueles. Hubo una época europea en que las sociedades protectoras de animales pudieron emprender una campaña contra la vivisección. Semejante campaña sería irrisoria cuando se está discutiendo sobre la vivisección humana. “Era un sueño pueril —se dice ahora— el de los buenos progresistas que creían que el progreso se desarrollaría siempre por el lado óptico”. Sin embargo, es tan seguro, que para mantener en el hombre el valor físico sea preciso cultivar el desprecio de la vida animal y humana? ¿Por qué no ha de llegar un mañana en que parezca despreciable nuestro desprecio, las ideas que al respecto se difunden hoy?

Índice de tal difusión es la audiencia que alcanzan las fiestas de toros. Seríamos más pueriles que los viejos congresistas si creyéramos que las fiestas de toros triunfan por su belleza, que por fin se reconoce su valor estético. No, no se trata de un mito de las Bellas Artes. Poco importa que las corridas de toros sean o no más bellas que las carreras de caballos o que el boxeo, los semideportes con quienes mejor se pueden equiparar. Lo importante es que realizan mejor que ellos cierto género de espectáculos que la humanidad había olvidado. Correr un toro fue un deporte cruel, como perseguir a un jabalí, cuando fue, como éste un ejercicio caballeresco. Aunque la montería sea un bello espectáculo no se hace por este resultado. El caballero que corría a un toro para lancearlo, sí quería que lo vieran porque le interesaba la hazaña más que la diversión, era cual en el torneo, por razones muy particulares amatorias u otras, por la gloria, igualmente que sucede con los atletas en los deportes de hoy. En contra de lo que se cree, los toros fueron deporte más que ahora, antiguamente, en los festejos caballerescos medievales y del Renacimiento. Al convertirse durante el siglo XVIII en un festejo popular, los toros pierden su carácter deportivo y se hacen espectáculo, resucitan los espectáculos perdidos de la Roma Imperial en los que morían bestias y hombres, los espectáculos que no eran comedias que eran de verdad.

El entusiasmo actual por los toros y por el boxeo y las luchas atléticas tiene como resorte la nostalgia de aquellos espectáculos romanos, auténticos y decadentes. El ansia de autenticidad puede ser síntoma de decadencia. Donde todo es falso se anhela que sea auténtica la farsa, todo se mancha con lo real. El cinematógrafo acoge sin querer tal aspiración. Es un espectáculo más auténtico que el teatral, sin barbas postizas y con menos telones. Las corridas de toros tienen de moderno que son el espectáculo cinematográfico por excelencia, de tal manera que el cinematógrafo no puede hacer con ellas más que filme documentales, es decir mitos cinematográficos. Pero, mientras el torero endiosado él mismo —Dominguín— entra por derecho propio en el Olimpo cinematográfico, en la tierra de los toros, en España, otro torero y un ganadero revelan al mundo atónito que el toro es un mito, no en sentido histórico y fabuloso, sino en un sentido peyorativo. “A los toros se les disminuye los cuernos y en esta operación se les quita coraje”, confiesa el ganadero. “El peligro en las corridas ha venido a ser un accidente como en cualquier otro trabajo”, proclama el torero. Cuando el mundo se disponía aceptar el mito español de los toros, el torero y el ganadero español de los toros lo falsificaban. ¿Lo seguirán falsificando?

El toro que ha cogido a Dominguín ha terminado con el mito del torero seguro y del toro inofensivo. El buen espectador, el aficionado insobornable, pondrá más al desnudo su decadencia gritando más que antes su ansia de autenticidad. Mas por muy peligroso que vuelva a ser el toro y muy en peligro que ponga al torero, el héroe del valor de nuestra época será el piloto de un avión supersónico.

(El Nacional, 22 de enero 1953)